



Información general

POR JORGE G.
CASTAÑEDA.

La nueva marea rosa... no existe

Quinta parte y final

Traducción del inglés de Nicolás Medina Mora. Revista *Nexos*.

Por lo mismo, López Obrador no es precisamente un gran amigo de los ambientalistas —véase el Tren Maya— ni de los movimientos populares de las mujeres, la comunidad LGBTQ+ o los grupos indígenas. Su gobierno no ha avanzado en la legalización del aborto o del matrimonio igualitario a nivel legislativo o federal, aunque ambos fueron legalizados por la Suprema Corte —no por el Congreso— o por los estados, ni tampoco en la legalización de la marihuana, todos ellos temas que sus seguidores esperaban que atendiera. Se dice que López Obrador le reclamó una vez a Felipe González, antiguo primer ministro socialdemócrata español, que era un “reformista de mierda”, es decir, que no era un revolucionario. También se dice que le confesó a Gabriel García Márquez que lo consideraba la segunda figura latinoamericana más admirable del siglo XX. La primera era Fidel Castro.

Si bien en 2019 López Obrador concluyó las negociaciones del nuevo Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá, y si bien ha asistido tanto a Trump como a Biden a contener a los migrantes de todo el mundo que buscan llegar al país del norte, el presidente de México parece incapaz de resistir la tentación de la retórica antiextranjera, y en particular antianqui, de los populistas clásicos de América Latina. No puede abandonar el TMEC, pero se las ha arreglado para meter a México en un sinfín de conflictos con inversionistas estadounidenses, canadienses y españoles. Meterlo en el mismo saco que las tres dictaduras sería injusto —México no está en modo alguno en una situación análoga— pero tampoco podemos agruparlo con los socialdemócratas que hemos descrito. En términos personales, ideológicos y de políticas públicas, está más cerca del argentino Fernández, del peruano Castillo y quizá de Castro en Honduras, que de Boric o Lula. Como sugerí en 2006, en estos temas la historia es destino. Los países con una fuerte tradición populista —como México con Cárdenas, Argentina con Perón y Perú con Haya de la Torre y la APRA— tienden a revivirla.

CONCLUSIÓN

No hay tal cosa como una nueva marea rosa en América Latina. Lo que sí hay es un



grupo de gobiernos y movimientos diversos, contradictorios y en ocasiones antagónicos. Más allá de su debilidad compartida por la nostalgia y la retórica, sus diferencias son más importantes que sus puntos en común. Sus éxitos o fracasos, sin embargo, dependerán de las lecciones que aprendieron —o no aprendieron— de las experiencias de sus predecesores. Es posible sacar muchas conclusiones de esa primera ola de gobiernos de izquierda de principios de siglo. Aquí presento tres.

Primero, los recién llegados tienen que encontrar una manera de arrastrar a las élites latinoamericanas hacia políticas sociales más progresistas, compasivas y redistributivas. No se trata simplemente de asegurar que sus mayorías legislativas —en donde existen— aprueben estas reformas, sino también de convencer a las élites de apoyarlas e incluso aplaudirlas. Durante la primera ola de la izquierda en el poder muchas de las reformas o bien no llegaron a buen puerto o bien fueron diluidas por quienes se resistían a ellas. El mayor reto que enfrentan los regímenes socialdemócratas de hoy —y también de los populistas— es la construcción de un verdadero Estado de bienestar en América Latina, con sistemas de salud, importantes mejoras a la educación pública, cambios radicales en la política de vivienda y la consolidación de los derechos de las mujeres. En México, el sector empresarial se rehúsa a chocar directamente con López Obrador, pero limita sus inversiones y rechaza cualquier sugerencia de una reforma fiscal. Por lo tanto, tal reforma simplemente no sucede. Boric y Petro iniciaron sus administraciones con intentos de reformar el sistema fiscal, consultando para ello a las élites locales, pero el éxito de estos esfuerzos está todavía por verse.

Este objetivo será difícil de lograr debido a la aparente ausencia del “peor de los males”, que siempre implica la existencia de algo “menos malo”. Los Estados de bienestar de la Europa socialdemócrata fueron contruidos sobre estas premisas: un acuerdo social era la opción “menos mala”, pues la alternativa era el bolchevismo y la revolución socialista. En América Latina tal peligro sencillamente no existe —Cuba es la excepción, ya no existe como amenaza—. A lo mucho, el riesgo es el tipo de levantamiento social que hemos visto en Chile, Colombia y Ecuador. En todo caso, puede que no sea suficiente.

La segunda lección que la nueva ola de la izquierda debe asimilar concierne a la corrupción. De forma justa o injusta, la izquierda que llegó al poder en El Salvador, Ecuador, Argentina, Bolivia y Brasil durante las primeras décadas del siglo se vio manchada por escándalos de sobornos, contratos compadristas y franco desfalco. Varios presidentes fueron encarcelados, sometidos a juicio político, exiliados o derrocados en desgracia. Algunos se defendieron; otros huyeron. Pero en todo caso la idea de que la izquierda latinoamericana, a diferencia de la derecha, era honesta se volvió imposible de sostener: sus líderes resultaron igual de desonestos que todos los demás. Con esto no quiero sugerir que todos los miembros de la primera ola de la marea rosa eran corruptos —los chilenos y uruguayos sin duda no lo eran— sino, más bien, que demasiados de ellos resultaron serlo. Esto sorprendió

a muchos. Las acusaciones de corrupción decepcionaron o enfurecieron a muchos de los seguidores de la izquierda, quienes no podían creer que sus amados líderes populares cometían las mismas tropelías que las élites conservadoras.

La lógica que llevó a la izquierda a creer que era inmune a esas tentaciones es sencilla. Sus iconos no robaban, pues representaban al pueblo. Habían hecho sacrificios valientes, soportando la prisión y la tortura, y habían sobrevivido a golpes de Estado y toda suerte de represiones. Por lo mismo, era obviamente imposible que tales héroes sucumbieran a tales bajezas. La izquierda, sin embargo, se rehuyó a admitir que las raíces y las causas profundas de la corrupción latinoamericana no se originan en el innegable egoísmo y avaricia de las élites, sino más bien en una serie de factores históricos, culturales, sociales y económicos que afectan a la izquierda, a la derecha y al centro. Desde épocas tan lejanas como el inicio del siglo XIX, las únicas excepciones a esta epidemia de corrupción han sido Chile, Uruguay y Costa Rica. Más que las virtudes de las excepciones, este hecho ilustra la omnipresencia del fenómeno. A falta de un ataque frontal, proactivo e institucional contra la corrupción, la nueva ola de la izquierda no logrará salvarse de los pecados de la generación anterior. No hay tal cosa como una vacuna ideológica contra la corrupción.

La tercera conclusión que las nuevas izquierdas podrían extraer de las experiencias de sus predecesores concierne al papel que la región juega en el mundo. Hoy en día América Latina tiene menos peso en los asuntos globales que en cualquier momento de la historia reciente. Las causas de esta disminución son muchas, pero una es particularmente importante. Desde finales de la década de los noventa del siglo pasado, el continente ha sido incapaz de hablar con una sola voz sobre prácticamente cualquier tema. Es posible que la última vez que la región entera logró formar un frente unido —junto con Estados Unidos y Canadá— haya sido la ceremonia en torno a la firma de la Carta Democrática Interamericana, ocurrida en Lima en la aciaga fecha del 11 de septiembre de 2001. El único otro episodio parecido fue la condena del golpe de Estado que derrocó a Mel Zelaya, presidente de Honduras, en 2010.

Una posible explicación para esta soledad tiene que ver con la forma en la que las relaciones internacionales se tornaron cada vez más ideológicas durante los primeros años del siglo, en buena medida debido al activismo de Chávez. En parte debido a su oposición al Área de Libre Comercio de las Américas y a la fundación de la ALBA; en parte debido a sus querrelas con su vecino y adversario, el colombiano Álvaro Uribe; y en parte, a causa de la influencia de Cuba, el líder venezolano no perdió tiempo antes de fomentar conflictos entre los países de América Latina. El resultado es que las naciones de la región se dividieron en dos bandos en lo que concierne al cambio climático, los derechos humanos, la defensa colectiva de la democracia, la lucha contra la corrupción y la respuesta a la pandemia. Ambos lados, sobra decir, pronto se vieron silenciados en la arena internacional.

La nueva ola de la izquierda no debe repetir los mismos errores. El contexto internacional es muy distinto y mucho menos favorable. La rivalidad o conflicto entre Estados Unidos y China, la invasión rusa de Ucrania, la posibilidad de una nueva pandemia y la proliferación global de violaciones a los dere-

chos humanos: todos estos elementos hacen que la “desideologización” de las relaciones internacionales de nuestros países sea más urgente que nunca. Los mismos factores exigen un esfuerzo sostenido de crear un frente común latinoamericano para ejercer influencia en las pocas causas globales en las que la región puede marcar pauta.

Recientemente, un grupo de internacionalistas chilenos propuso una idea innovadora en este sentido. Su nombre no es precisamente el más agradado, pero la idea de fondo tiene muchos méritos. El “no alineamiento activo”, por supuesto evoca recuerdos desagradables de los años setenta del siglo pasado. Pero, dada la creciente presencia de China en América del Sur y la intensificación de la insistencia estadounidense en limitar esa presencia, la idea de rehusarse a tomar partido en los temas que confrontan a las dos superpotencias resulta atractiva. Si esto permite a la región converger en torno a ciertas causas —el cambio climático, las pandemias, la reforma de las Naciones Unidas, un sistema legal internacional— y diferenciarse tanto de Washington como de Beijing, tal enfoque sería útil, pues permitiría que América Latina recupere su influencia global. La segunda ola de la marea rosa, entonces, evitaría repetir los fiascos de política exterior que atestiguamos durante la primera ola. Dicho esto, esta aproximación tiene sus límites. Desafortunadamente, es probable que las voces de la región guarden silencio frente a las violaciones a los derechos humanos en el hemisferio y el mundo, dada la reticencia de la izquierda latinoamericana a criticar tales atropellos. Esto es una pena, especialmente si consideramos que la mayoría de los habitantes del subcontinente vive en países democráticos. Denunciar las violaciones a los derechos humanos en Cuba, Venezuela y Nicaragua —o China y Arabia Saudita— no debería de ser un dilema, sino una prioridad.

El viraje hacia la izquierda que hemos visto en América Latina desde 2018 —y especialmente en 2022— es un proceso complejo que no cabe dentro del eslogan de la “segunda marea rosa”. Sin embargo, es innegable que hemos atestiguado un cambio que era probablemente necesario y quizás incluso inevitable. Buena parte de los logros de la primera ola han sobrevivido los embates del tiempo, de la alternancia en el poder y de la pandemia y la subsecuente recesión. Algunos de los éxitos de aquellos líderes se han evaporado; muchos de sus errores han resultado longevos y costosos. Es posible que esta nueva ola dure más tiempo, logre más y con el tiempo deje el poder en mejores condiciones que sus predecesores. Pero también es posible que —a causa de su diversidad, del radicalismo de algunos de sus integrantes y de las demandas sociales por un cambio— la nueva izquierda latinoamericana desaparezca de la escena más temprano que tarde debido a una indeseable reacción contra la incompetencia, el extremismo y un ambiente internacional adverso. Con todo, nadie puede negar que enfrentamos una disyuntiva emocionante y que la región vive una época nada menos que fascinante.

El autor fue secretario de Relaciones Exteriores de México de 2000 a 2003. Profesor de política y estudios sobre América Latina en la Universidad de Nueva York. Entre sus libros: *Estados Unidos: en la intimidad y a la distancia* y *Sólo así: por una agenda ciudadana independiente*.

Este texto fue publicado originalmente en *Great Decisions* de Foreign Policy Association.